

OSCAR ROMERO, UN TESTIGO DE LA PATRIA GRANDE
DE A PIE Y CON EL PUEBLO
POR LOS CAMINOS
DE LA IGUALDAD



REFLEXIONES
Y TESTIMONIOS

**NUEVA
TIERRA**
DOSSIER

Mayo de 2015 / Nº 9 / Año 3



Dossier Nueva Tierra
Mayo de 2015
Año 3 / N° 9

23 de Mayo de 2015
BEATIFICACIÓN de Monseñor Oscar Arnulfo ROMERO

Producción y selección de textos:
Susana Ramos / Néstor Borri

Diseño:
Sebastián Prevotel / Barbi Couto

Foto de tapa: Thiago Leon de Oliveira Quiroz

www.nuevatierra.org.ar
facebook.com/centronuevatierra

AMPLITUD, VALENTÍA Y TOMA DE PARTIDO

Celebrar la beatificación de Oscar Romero es celebrar su plena convicción de creer y encarnar el Evangelio de Jesús. Su indiscutida pertenencia al proyecto del Reino lo hicieron parte de las mismas alegrías, luchas, conquistas y suerte, que su Maestro, su vida y su muerte lo declaran.

Para América Latina y el Caribe, Oscar Romero fue, en vida, un profeta y, después de ser asesinado, un *mártir*. Desde este continente nunca se dudó de la valentía de su vida y de las feroces causas e intereses para acallarlo. ¿Por qué entonces es una *buena noticia* su beatificación? En verdad, la alegría y celebración es que el Papa Francisco haya decidido hacer este reconocimiento público y eclesial al compromiso social y pastoral de Monseñor Romero, y a su lucha contra la injusticia y desigualdad de su pueblo: *El Salvador*.

Según la raíz hebrea YS´ (salvar) tiene que ver con “ser espacioso, ser amplio”, lo contrario de ser estrecho, oprimir. Salvar equivale a “llevar a un lugar espacioso”: si alguien, si el pueblo está afligido, acorralado y encuentra un interlocutor, una abertura, una brecha, ahí mismo experimenta la acción salvadora de Dios: “*Respóndeme cuando te invoco, oh Dios, mi salvador, tú que en el aprieto me diste anchura*” (Sal 4,2), Romero entendió esta lógica de amor, de compasión y de compromiso de Dios con su pueblo y se sumó con toda la fuerza de su vida fiel.

Desde esta mirada, la beatificación de Oscar Romero es una señal clara y contundente que confirma el caminar profético de la *Iglesia pueblo* en el Continente, y una invitación a seguir haciendo suyos los sueños de liberación de los pobres y excluidos, para quienes el

testimonio martirial y el grito de justicia sigue siendo práctica y promesa.

Y junto a Romero hay una nube de testigos: las monjas Ita Ford, Maura Clarke, Dorothy Kazel y la misionera laica Jean Donovan, todas ellas de El Salvador; Carlos Mugica, Alice y Leonie, Wenceslao, Carlos y Gabriel; Monseñor Angelelli, los cinco Palotinos, Ignacio Ellacuría; Dorothy Stang, y podríamos seguir... Todos ellos y todas ellas mártires por confesar la fe hecha práctica de justicia, defensa de los derechos humanos, solidaridad y compasión.

Muchas de las opciones que hoy apreciamos y valoramos como pasos y acciones concretas de justicia y dignidad, son las que heredamos de estos hombres y mujeres con espíritu y compromiso, y son las mismas que hoy nos desafían y tensionan como sociedad, como pueblos y como cristianos de la Patria Grande

Por todo lo que queda por hacer, con la palabra clara y el tono decidido; el compromiso urgente sigue latiendo, don Romero de América, mientras va resucitando en opciones valientes, en proyectos inclusivos, en sueños emancipadores, en horizontes anchos donde nadie quede afuera.

Susana Ramos
Equipo CNT



DIOS PASÓ POR EL SALVADOR

Jon Sobrino / Director del Centro Monseñor Romero^(*)

Nos ha llegado la noticia de imprevisto. En la reunión del clero del 4 de noviembre, monseñor José Luis Escobar dijo que, en su estancia en Roma, el papa Francisco le comunicó que monseñor Óscar Romero será beatificado el año entrante. El arzobispo no dio detalles sobre la fecha y el lugar. Pero la noticia ya ha llenado de alegría.



Los dos papas anteriores, Juan Pablo II y Benedicto XVI, hablaron de ello, pero no con mucha convicción y decisión. Y se notaba el temor de incomodar a los poderosos: “Todavía no es el tiempo oportuno”. El lenguaje del Vaticano era ambiguo y poco entusiasmante.

Todo ha cambiado con el papa Francisco. Hace un año dijo que la causa de monseñor estaba estancada, pero que sin duda avanzaría. Más que estancada pienso que estaba bloqueada por muchos intereses que nada tienen que ver con Jesús de Nazaret.

Lo hemos dicho muchas veces: la alegría y el júbilo de la gente está asegurado. Pero es sólido tener un pequeño temor y una duda: qué dirá el acta de canonización sobre monseñor Romero. Santo y virtuoso lo fue en grado sumo. Pero fue algo más, como lo puso en palabras Ignacio Ellacuría en la misa de funeral de la UCA, inmediatamente después del asesinato del arzobispo: “Con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”. Por aquellos mismos días, don Pedro Casaldáliga escribió el poema

San Romero de América, pastor y mártir nuestro. Y espontáneamente el pueblo lo llamó “santo”. El culto del pueblo, popular, ha sido masivo, aunque no está permitido durante el proceso de beatificación.

Romero aguado. Hoy es difícil manipularlo. Y una petición: “San Romero de América, ruega por todos los pobres del mundo. Y ruega por este pueblo salvadoreño, que es el tuyo”.

Esperamos, pues, al año entrante. En 2015 no habrá mundiales ni juegos olímpicos. No lucharán unos contra otros para ganar. Algo o mucho ganaremos todos, con excepción de algunos irredentos. No correrán millones de millones para esconder pobreza, violencia y angustias. Sí habrá pupusas y tamales.

^() Artículo publicado en 2014*

En 2015 ganará la niñita de una champa de Zimbabue, quien, cuando le pregunté en 2007 qué conocía de El Salvador, me dijo al instante: “Un obispo”. Y días después, también en Zimbabue, saludé a Desmond Tutu. Le dije que venía de El Salvador y me contestó: “¡La tierra de Romero! ¡Cuánto le recordábamos en tiempos de guerra!”. Y así, muchas otras historias que no cabrían en todos los libros del mundo.

Ha desaparecido mi temor de que beatifiquen a un monseñor



Profetas de un futuro que no es nuestro

Oración atribuida a Monseñor Oscar Romero

De vez en cuando, dar un paso atrás nos ayuda a tomar una perspectiva mejor.
El Reino no sólo está más allá de nuestros esfuerzos, sino incluso más allá de nuestra visión.

Durante nuestra vida, sólo realizamos una minúscula parte de esa magnífica empresa que es la obra de Dios.
Nada de lo que hacemos está acabado, lo que significa que el Reino está siempre ante nosotros.
Ninguna declaración dice todo lo que podría decirse.

Ninguna oración puede expresar plenamente nuestra fe.
Ninguna confesión trae la perfección.
Ninguna visita pastoral trae la integridad.
Ningún programa realiza la misión de la Iglesia.

En ningún esquema de metas y objetivos se incluye todo.
Esto es lo que intentamos hacer:
plantamos semillas que un día crecerán;
regamos semillas ya plantadas,
sabiendo que son promesa de futuro.

Sentamos bases que necesitarán un mayor desarrollo.
Los efectos de la levadura que proporcionamos van más allá de nuestras posibilidades.

No podemos hacerlo todo y, al darnos cuenta de ello,
sentimos una cierta liberación.
Ella nos capacita a hacer algo, y a hacerlo muy bien.
Puede que sea incompleto, pero es un principio,
un paso en el camino,
una ocasión para que entre la gracia del Señor y haga el resto.

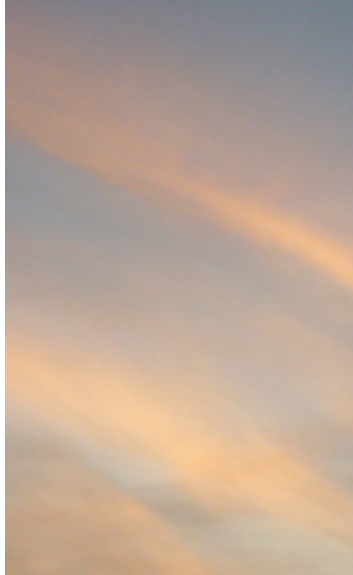
Es posible que no veamos nunca los resultados finales,
pero ésta es la diferencia entre el jefe de obras y el albañil.
Somos albañiles, no jefes de obra, ministros, no el Mesías.
Somos profetas de un futuro que no es nuestro. Amén.

El lado del pueblo

José María Valverde

Profesor de estética de la universidad de Barcelona

En oscuros siglos, se cuenta,
algún obispo murió, por orden de un rey,
salpicando con su sangre el cáliz
por defender la libertad de la Iglesia frente al poder.
Está muy bien, pero
¿Desde cuándo no se había contado
que mataran a un obispo en el altar
sin hablar de libertad de la Iglesia,
sino simplemente porque se puso de lado de los pobres
y dio voz a su sed de justicia que clama al cielo?
Quizás hay que ir al origen mismo,
al que mataron con muerte de esclavo subversivo.





El ángel anunció en la víspera...

Pedro Casaldáliga

El corazón de El Salvador marcaba
24 de marzo y de agonía.
Tú ofrecías el Pan,
el Cuerpo Vivo
-El triturado cuerpo de tu Pueblo;
Su derramada Sangre victoriosa
-¡La sangre campesina de tu Pueblo en masacre
que ha de teñir en vinos de alegría la aurora conjurada!

El ángel del Señor anunció en la víspera,
y el Verbo se hizo muerte, otra vez, en tu muerte;
como se hace muerte, cada día, en la carne desnuda de tu
Pueblo.

¡Y se hizo vida nueva
en nuestra vieja Iglesia!

Estamos otra vez en pie de testimonio,
¡San Romero de América, pastor y mártir nuestro!
Romero de la paz casi imposible en esta tierra en guerra.
Romero en flor morada de la esperanza incólume de todo el
Continente.
Romero de la Pascua latinoamericana.
Pobre pastor glorioso, asesinado a sueldo, a dólar, a divisa.

Como Jesús, por orden del Imperio.
¡Pobre pastor glorioso,
abandonado
por tus propios hermanos de báculo y de Mesa...!
(Las curias no podían entenderte:
ninguna sinagoga bien montada puede entender a Cristo).

Tu pobrerío sí te acompañaba,
en desespero fiel,
pasto y rebaño, a un tiempo, de tu misión profética.
El Pueblo te hizo santo.
La hora de tu Pueblo te consagró en el kairós.
Los pobres te enseñaron a leer el Evangelio.

Como un hermano herido por tanta muerte hermana,
tú sabías llorar, solo, en el Huerto.
Sabías tener miedo, como un hombre en combate.
¡Pero sabías dar a tu palabra, libre, su timbre de campana!

Y supiste beber el doble cáliz del Altar y del Pueblo,
con una sola mano consagrada al servicio.
América Latina ya te ha puesto en su gloria de Bernini
en la espuma-aureola de sus mares,
en el retablo antiguo de los Andes alertos,
en el dosel airado de todas sus florestas,
en la canción de todos sus caminos,
en el calvario nuevo de todas sus prisiones,
de todas sus trincheras,
de todos sus altares...
¡En el ara segura del corazón insomne de sus hijos!

San Romero de América, pastor y mártir nuestro:
¡nadie hará callar tu última homilía!



Místico y concreto

Dolores Aleixandre

Fragmento de una entrevista en Córdoba Local – Diario de Andalucía

Un gran místico, para mí, fue monseñor Romero, el arzobispo de San Salvador asesinado en 1980.

Hoy (por ayer) es el aniversario de los mártires de El Salvador, y he recordado especialmente a monseñor Romero, todo un hombre de Dios y a la vez tremendamente sensible a los problemas del mundo.



PIEZAS PARA UN RETRATO

María López Vigil

Podía estar ahora echando prédicas en asambleas o conferencias, con un solideo rojo en la cabeza, cardenal de la Santa Iglesia Católica. Con su trayectoria de ortodoxia fiel tenía ya compradas casi todas las papeletas para que le premiaran con ese cargo.

Pero está enterrado en el sótano de una desvencijada catedral de un pobre país de Centroamérica, en el olvidado Sur, con un tiro a la altura del corazón.

Son pocos los seres humanos que se quitan ellos mismos el suelo de debajo de los pies cuando ya son viejos. Cambiar seguridades por peligros y certezas amasadas con los años por nuevas incertidumbres, es aventura para los más jóvenes. Los viejos no cambian. Es ley de vida.

Y es ley de historia que en la medida en que una autoridad tiene más poder, más se aleja de la gente y más insensible se le vuelve el corazón. Vas subiendo y muchos te van perdiendo. La altura emborracha y aísla.

En Oscar Romero se quebraron estas dos leyes. Se “convirtió” a los 60 años. Y fue al ascender al más alto de los cargos eclesiásticos de su país cuando se acercó de verdad a la gente y a la realidad. En la máxima altura y cuando los años le pedían reposo, se decidió a entender que no existe más ascensión que hacia la tierra. Y hacia ella caminó. En esa hora undécima eligió abrirse a la compasión hasta poner en juego su vida. Y la perdió. No le ocurre a muchos.

Por eso y varias razones más creo que la historia de Oscar Romero merece la pena ser contada. Pensé este libro en 1981. Cada amanecer aparecían en las calles y caminos de El Salvador más de treinta cadáveres de muertos matados. Y cada salvadoreño con el que me topaba me relataba con pasión su historia personal con Monseñor Romero. El arzobispo de San

Salvador parecía haber dejado en su país una huella tan profunda como la que había logrado imprimir en el corazón de tantos de sus compatriotas.

Socializar estos recuerdos dispersos, poner en común anécdotas tan decidoras, transformarlas en piezas de un mosaico para reconstruir con ellas un retrato de Oscar Romero, se me convirtió en desafío. ¿Resultaría al final el retrato del mero Monseñor Romero? En cualquier caso, sería un retrato. Pero hecho en colectivo.

Soñé este libro en el tiempo de la represión más dura, cuando la memoria de Monseñor estaba aún fresca y cuando en el mundo dolía el destino de los pueblos pobres que luchan por su liberación. Solidaridad era entonces una palabra casi sagrada.

El libro lo escribí y fue publicado ya en otro tiempo. Tanta sangre y la terca esperanza de los salvadoreños lograron forzar las compuertas de otra etapa, la del inicio de la paz con el fin del enfrentamiento armado. En la memoria colectiva, Monseñor Romero es ya un mito, pero una

nueva generación de salvadoreños no lo conoce bien.

Es otro tiempo también en el mundo. Aceleradamente, se devaluaron sueños, ideas y proyectos y en medio de una confusa ola de cambios, tenemos que seguir buscando en dirección a la solidaridad, aunque las brújulas estén medio quebradas.

Vuelco rápido y jodido el que ha dado el mundo. Vendrán otros tiempos, tal vez más alentadores. Pese a todos los giros, ayer en su tiempo, y hoy y también mañana, creo que sigue siendo válido y bueno contar la historia de este hombre bueno que es Oscar Romero.

Entre otras muchas cosas, su historia revela la acción de Dios: revela cómo la compasión le va ganando cada vez más espacio a la ideología. Y es eso lo que necesita éste y quizás todos los tiempos del mundo: autoridades buenas, gente con poder -en la Iglesia también- que llamen a las cosas por su nombre, que miren a la realidad y no a la imagen de la realidad, que se compadezcan y actúen: tanta vida a medias, tanto dolor evitable.

Este es un libro de testimonios, no un archivo documental ni siquiera una biografía. No hay rigor cronológico en el orden y hay muchos vacíos y baches. Los nombres de los testigos -sólo algunas veces camuflados- ahí están. Al tratar de reconstruir el retrato de Oscar Romero -el más universal de los salvadoreños- la verdad de todos estos testimonios me llegó muy cargada de amor o muy matizada ya por la dorada luz del icono y la leyenda. Yo también he puesto mis propias cuotas de pluma y veneración.

Este es un libro incompleto y queda abierto a crecer y a madurar con el aporte de muchos más testigos, a los que no pude llegar.

Está dedicado al pueblo salvadoreño, al pueblo que hizo a Monseñor Romero.

(Prólogo de Piezas para un Retrato, 24 de marzo de 1993, a 13 años del martirio).



HAN PASADO LOS AÑOS

Regina Basagoitia / Relato del libro *Monseñor Romero*
Piezas para un retrato, de María López Vigil

Alrededor de la tumba de Monseñor Romero, en las paredes, sobre la lápida, se han ido amontonando día con día los agradecimientos. Tablitas de madera barnizada agradecen milagros en los ojos, en las piernas varicosas o en el alma. Plaquitas de mármol cuadradas, rectangulares, a veces de plástico en forma de rombito o de corazón, dan también las gracias al arzobispo por el hijo hallado o por la madre curada, piden la paz, piden la paz, piden la paz y que acabe la guerra y recuerdan nombres. Hay también papelitos donde las “gracias” son historias, novelas a medio contar, cartas y hasta poemas y cantos. Cartones también, pedacitos de tela, bordados, en blanco, con hilos de colores...

Todo lo que dolió está allí, la felicidad recobrada también. No se pierde nada, todo vuelve al regazo de Monseñor.

Una mañana de invierno, el cielo cerrado en agua, un hombre harapiento, pelo encolochado por el polvo, camisa de hoyos, limpia con esmero esa tumba, valiéndose de uno de sus harapos. Apenas amanece pero él ya está activo y despierto. Y aunque el harapo está sucio de grasa y tiempo, va dejando brillante la lápida.

Al terminar, sonríe satisfecho. A aquella hora temprana no ha visto a nadie. Tampoco nadie lo ha visto. Yo sí lo vi.

Cuando sale a la calle, necesité hablar con él.

- Y usted, ¿por qué hace eso?

- ¿El qué hago...?

- Eso, limpiar la tumba a Monseñor.

- Porque él era mi padre.

- ¿Cómo así?

- Es que yo no soy más que un pobre, pues. A veces acarreo en el mercado con un carretón, otras veces pido limosna y en veces me lo gasto todo en licor y paso la cruda botado en la calle... Pero siempre me animo: ¡son babosadas, yo tuve un padre! Me hizo sentir gente. Porque a los como yo él nos quería y no nos tenía asco. Nos hablaba, nos tocaba, nos preguntaba. Nos confiaba. Se le echaba de ver el cariño que me tenía. Como quieren los padres. Por eso yo le limpio su tumba. Como hacen los hijos, pues.



SUENAN CAMPANAS

Roque Dalton

*“Mis venas no terminan en mí
sino en la sangre unánime
de los que luchan por la vida
el amor, las cosas, el paisaje y el pan”.*

(León Magno Montiel, periodista venezolano - Fragmento de su artículo en Noticias al Día)

Han pasado varias décadas desde el asesinato de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, y las notas de la canción de Rubén Blades lo dibujan en la distancia: “Suenan las campanas, por un cura bueno, Arnulfo Romero” de su celeberrimo álbum “Buscando a América” publicado en 1984, grabado con la agrupación élite “Los Seis del Solar”. Ese tema se ha convertido en un homenaje permanente al legado del pastor Romero, que no pierde vigencia. El pueblo creyente de Centroamérica erige la figura de Romero como un tótem de amor al prójimo, de valiente defensa de los derechos fundamentales del hombre: un auténtico líder cristiano.

El papa Francisco, ese noble argentino dotado de un gran carisma y sensibilidad social, aprobó en febrero 2015 el esperado decreto para la beatificación del arzobispo de San Salvador Oscar Arnulfo Romero. Así lo informó la oficina de prensa del Vaticano. El papa, junto al prefecto de la Congregación para la Causa de los Santos, cardenal Ángel Amato, aprobó el decreto en el que se reconocía el “martirio” de Romero in odium fidei, es decir: fue asesinado por “odio a la fe”.

Pocos hombres se han parecido tanto a Jesús de Nazareth como Oscar Arnulfo Romero, y al igual que El Nazareno, el padre Romero predicó el amor entre hermanos, la justicia, el servicio al prójimo, el respeto a la vida de los humildes: y por ello murió a manos de verdugos despiadados. Su altar fue profanado, lo convirtieron en un Gólgota centroamericano, su sangre unánime de mártir fue derramada.

Por ese cura bueno, que siempre estuvo firme ante las asechanzas, hoy suenan las campanas, las oraciones de su pueblo han logrado que sea beatificado. Ese ha sido un auténtico acto de justicia, pues Monseñor Romero, es un santo del pueblo latinoamericano.

Parafraseo a su paisano Roque Dalton, el poeta asesinado cinco años antes, en mayo de 1975 y afirmo: *Las venas de Romero no terminaron ahí, ahora estarán junto a la sangre unánime de los que luchan por la vida, el amor, el paisaje y el pan.*



MONSEÑOR ROMERO ESTABA EN LO CIERTO

Jon Sobrino

En una entrevista que concedió tres semanas antes de ser asesinado Monseñor Romero dijo estas palabras: “Si me matan resucitaré en el pueblo salvadoreño. Lo digo sin ninguna jactancia, con la más gran humildad”. Y Monseñor estaba en lo cierto.

Lo ocurrido en este XX aniversario no deja lugar a dudas; si acaso universaliza esa resurrección. “San Romero de América” le llamó don Pedro Casaldáliga inmediatamente después de su martirio, y ahora lo proclama “santo universal”. En los anhelos de justicia, dignidad y vida de los pueblos crucificados, en el compromiso de hombres y mujeres que no han perdido del todo la vergüenza y quieren “revertir la historia” Monseñor ha resucitado.

Y todo ello ha ocurrido sin viento a favor, sino teniendo, prácticamente, a todos los poderes de este mundo en contra: oligarquías, militares, gobiernos –de aquí y de Estados Unidos–, poderes también eclesiásticos, algunos hermanos obispos y hasta cardenales de curias... Y teniendo a favor a un grupo de seguidores y a un pueblo que lo ha mantenido sólo con su desnudez y una flor, como la campesina que lo sostiene en sus brazos en el cuadro de Benjamín Cañas.

Esto es lo primero que llama la atención de este XX aniversario: Monseñor Romero estaba en lo cierto. Recordarlo no tiene ningún ribete de hybris, ni

atisbo de arrogancia –a lo que somos dado los seres humanos– ni en Monseñor Romero ni en quienes seguimos en la historia. Expresa, más bien, gozo porque esta nuestra cruel y encubridora historia, a veces, milagrosamente, muestra su mejor rostro. En lenguaje cristiano, gozo porque Dios ha hecho justicia a una víctima y el verdugo no ha triunfado sobre ella.

Y si Monseñor estaba en lo cierto al afirmar aquellas palabras, entonces nos está permitido esperar que también será verdad la esperanza que expresó en la misma entrevista: “que mi sangre sea semilla de liberación”, la bondad y reconciliación: “desde ahora perdono y bendigo a mis asesinos”, y la supervivencia de una Iglesia de Jesús: “ojalá, sí, se convenzan que perderán su tiempo. Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás.

Es verdad, pues, que Monseñor estaba en lo cierto, pero sus palabras siguen dejando atónitos. ¿Cómo pudo decir semejantes cosas? ¿De dónde sacaba lucidez y convicción para decir lo que nadie ha dicho, y decirlo con toda naturalidad? Pienso que entender esto nos introdu-

ce en lo más íntimamente suyo. Veámoslo.

Puede discutirse si en Monseñor se dio un cambio o una conversión, pero lo que es indudable es que en un momento de su vida –relativamente pronto después del comienzo de su ministerio arzobispal– el pueblo, “su pobrería”, entró en su corazón para quedarse para siempre. Se apoderó de él e hizo de él un hombre y un creyente sin fisuras, un ser humano y un creyente total.

Esa esencial referencia a su pueblo se le convirtió en segunda naturaleza, mejor aún, en su verdadera naturaleza, de la cual nunca pudo despojarse, como si de su propia piel se tratara. Y esa referencia esencial, pienso yo, es lo que expresan frases tuyas que no son ejercicio de retórica edificante, sino expresión honda de su propia persona: “El pueblo es mi profeta”. “Con este pueblo no cuesta ser buen pastor”. “Que mi muerte sea por la liberación de mi pueblo”... Siempre, “el pueblo”.

El pueblo –sin ningún matiz populista– es lo que le hizo ser, actuar y hablar a Monseñor Romero. “El pueblo te hizo santo”, dijo Casaldáliga desde el princi-

pio. Dicho en lenguaje cristiano, Monseñor Romero fue agraciado, liberado, bendecido, sacado de sí mismo, por el Espíritu de Dios. Dicho en lenguaje histórico, Monseñor Romero fue agraciado, pero, como dice el canto, “por el pueblo que tanto te amó”. Y una vez consumada esa gracia, Monseñor comenzó a ser, a hacer y a hablar de manera muy otra, como si hubiera redescubierto lo que significaba para él ser humano y ser cristiano.

No tuvo que negar nada de lo bueno anterior, pero algo muy nuevo le fue dado: la libertad para que nada se convirtiese en obstáculo para servir al pueblo –“les pido sus oraciones para serles fiel hasta el final”–, la compasión para que nada hiciese pasar a segundo plano su sufrimiento –“a mí me toca ir recogiendo cadáveres”–, la esperanza para que la palabra final fuese siempre una buena noticia –“sobre estas ruinas brillará la gloria del Señor”–. Y se le dio la intuición de la solidaridad, la que expresan estas palabras que rara vez –si alguna– ha renunciado un obispo: “Me alegro, hermanos, de que nuestra Iglesia sea perseguida... Sería triste

que en una patria donde se está asesinando tan horrorosamente no contáramos entre las víctimas también a los sacerdotes. Son el testimonio de un Iglesia encarnada en los problemas del pueblo”. No habla aquí un místico, y ciertamente no un masoquista. Habla un agraciado, alguien que quiere ser real en y con su pueblo. “No queremos ser diferentes”, pareciera decir Monseñor Romero, desafiando siglos de tradición eclesial. Identificado con sus ovejas hasta ese punto, nada tiene de extraño que escuchasen su voz y se reconociesen en ella.

De mártir a mártir Ignacio Ellacuría puso a Monseñor Romero en relación con Dios y con su pueblo. En palabras audaces y concisas dijo así lo primero: “Con Monseñor Romero Dios pasó por El Salvador”. Y así formuló lo segundo: “Monseñor Romero, un enviado de Dios para salvar a su pueblo”. Dios y pueblo, lo que quedó unido desde el principio, aunque tantas veces ha sido separado, en Monseñor lo volvió a ver unido –un poco calcedonianamente– Ignacio Ellacuría. “Sobre dos pilares”, decía, “apoyaba Monseñor Romero su esperan-

za: un pilar histórico que era su conocimiento del pueblo al que él atribuía una capacidad inagotable de encontrar salidas a las dificultades más graves, y un pilar transcendente que era su persuasión de que últimamente Dios es un Dios de vida y no de muerte, que lo último de la realidad es el bien y no el mal”.

De Monseñor y el pueblo ya hemos hablado, digamos ahora una palabra sobre Monseñor y ese Dios que se apoderó de él. Es el misterio santo, más allá de todo lo humano, el Dios que puede salvar sin someter, el Dios que puede dar sin empujar. Eso fue central para Monseñor. “¡Quién me diera, queridos hermanos, que el fruto de esta predicación de hoy fuera que cada uno de nosotros fuéramos a encontrarnos con Dios y que viviéramos la alegría de su majestad y de nuestra pequeñez!”.

Y ese misterio de Dios se le fue apareciendo de diversas formas y en distintos rostros. Con definitividad, Dios se le dejó ver como Dios de vida, Dios de justicia, Dios de los pobres... Clara prueba de ello fue que el Monseñor que no sabía muy bien qué hacer con Medellín, aunque for-

malmente lo aceptaba, empezó a encontrarse en Medellín como “en casa”: Medellín comenzó a hablarle de los pobres y de su Dios –verdad central que hay que mantener en estos tiempos en que se quiere ignorar o enterrar a Medellín–.

Y de ahí también, por recordarlo brevemente, que Monseñor Romero, cristiano y obispo, de quien se esperaba ortodoxia y fidelidad a la tradición eclesial, retomase novedosamente, con naturalidad y gozo, lo que en esa tradición encontró de un Dios de los pobres y de unos pobres que claman a Dios. De ahí que parafraseara la frase de san Ireneo, obispo de Lion, del siglo II, “la gloria de Dios es el pobre que vive”. De ahí que pusiera en práctica cotidiana –hasta el martirio– lo que, en el siglo XVI, se exigía de los obispos: “ser, por oficio, defensores del indio”, según aquello del Antiguo Testamento de que Jahvé es el goel, “el rescatador de lo que es” de los pobres. De ahí que orientara su pastoral desde la supremacía absoluta de la vida: “vale más indio vivo que bautizado muerto”, como decía el obispo Bartolomé de las Casas. Y también de éste recogió su in-

tuición cristológica central: “yo dejo en las Indias a Jesucristo, nuestro Dios, azotándolo y aflijéndolo y abofeteándolo y crucificándolo, no una sino millares de veces, cuanto es de parte de los españoles que asuelan y destruyen aquellas gentes...”. En esa misma tradición Monseñor Romero a su pueblo lo llamó “el divino traspasado”, “el Cristo crucificado”, “el siervo sufriente de Jahvé” que carga sobre sí los pecados del mundo, y quien, así, trae salvación.

Dios y pueblo, pueblo y Dios, es lo que unificó Monseñor Romero con profundidad inigualable. Con ellos se identificó y a ellos se entregó hasta el final. Eso es lo que recordamos con gozo y agradecimiento en este aniversario. Pero añadamos, aunque sea ahora muy brevemente, que, en la eucaristía, ese “recuerdo” y esa “acción de gracias”, se expresan a través de un “hagan esto”. Recordar, anunciar, celebrar a Monseñor es, ante todo, seguir a Monseñor, en la vida y en los hechos. Sin esto, aquello siempre será proclive a la tergiversación y hasta la manipulación.

En la preparación de la misa de su funeral, el 30 de marzo de

1980, pensando en cómo debería ser la homilía, alguien propuso que, en la primera parte, se hablase de las lecturas bíblicas y de Monseñor, y que la segunda parte comenzase como comenzaba Monseñor: “éstos son los hechos de la semana...”. A Monseñor hay que celebrar, pues, pero siendo y haciendo hoy lo que él fue e hizo, así como hay que anunciar a Cristo, siendo y haciendo como Jesús. Y en esta misma línea, ahora que estamos en tiempo de jubileo, de conversión y de pedir perdón, bien hará la Iglesia, entre noso-

tros -la salvadoreña-, en pedir perdón de lo que ha hecho mal o ha dejado de hacer bien en los últimos veinte años.

Terminemos como empezamos. Monseñor vive en su pueblo, y, más allá de él, en el mundo entero. Es un mártir y un santo, universal. Sin embargo, quizás no hemos dicho todavía lo más específico suyo: Monseñor Romero es entrañable. Fue, y sigue siendo, un arzobispo querido. Ese es el Monseñor, gracia de Dios a su pueblo, el Monseñor a quien hay que recordar y celebrar, y a quien hay que seguir.



EL PUEBLO ES MI PROFETA

José María Segura / Publicado el 24 marzo 2015

“Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios... les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: icese la represión!” (Homilías, 23-3-1980) ^[1]. Una semana más tarde era asesinado. ¿Cómo llego monseñor a ser “San Romero de América”? porque el autor de esta homilía es el mismo Romero que en la matanza de Tres Calles en la que murieron 6 campesinos (21-6-1971) escribió al presidente pidiendo justicia pero sin atreverse a protestar públi-

camente. Romero no fue un revolucionario, a no ser un revolucionario del amor fundado en el evangelio. Fue un buen conocedor de Medellín y de Puebla, como también del CVII y de Santo Tomás y de Agustín. A todos ellos apela en sus homilías y es en la moral cristiana más ortodoxa donde ancla sus homilías más incendiarias como la que abre este post. La que quizás determinó su muerte porque los mando militares interpretaron que llamaba al motín a las bases militares a quienes ordenaba desobedecer las órdenes inmorales que mandan matar a campesinos indefensos.

El nombramiento de Romero, amigo personal del presidente Molina, como Arzobispo (1977) fue recibido como un jarro de agua fría para el clero “medillista” de San Salvador, los que creyeron en esa iglesia por y de los pobres. No en vano su reputación le precedía; en 1968 se hizo cargo del semanario archidiocesano al ser destituido su director por elogiar la opción guerrillera de Camilo Torres y lo convirtió en una publicación conservadora, en 1972 expulsó a los profesores jesuitas del seminario y a instancias del gobierno cerró el centro pastoral campesino de los Naranjos (inspirado en Medellín).

El encuentro con Cristo en el Pueblo crucificado convirtió a Romero. Posiblemente el asesi-

nato de Rutilio Grande SJ fue la gota que colmó el vaso. El martirio de su amigo, que había hecho de maestro de ceremonias en su investidura como arzobispo, hizo que en monseñor se cumpliera lo que él dijo de su iglesia “quisieron apagar la voz del P. Grande para que los curas tuvieran miedo y no siguieran hablando, han despertado el sentido profético de nuestra iglesia” (Homilías, 9-10-1977). Un sentido profético que se venía gestando en monseñor por la cercanía con el pueblo pobre y perseguido. Como dice Tojeira “fueron los pobres, los sencillos y los humildes los que fueron evangelizando a Mons. Romero, alimentando su fuerza profética.” Romero confesaba: “El pueblo es mi profeta” por eso Romero es “San Romero de América”

porque como dice Casaldáliga “el pueblo le hizo santo”.

Romero fue el obispo del pueblo, un pastor que dio dignidad a los pobres del Salvador y fue testigo del Dios que no abandona a su pueblo en el crisol de la persecución y la violencia. Fue puesto con el Hijo en el compartir del cáliz “Aquí donde Cristo es carne que sufre (...), aquí es Cristo con su cruz a cuestas (...), vivido en el pueblo” (Homilías, 5 marzo 1978), un cáliz que apuró hasta el final mientras celebraba la eucaristía en el Hospital de la Divina Providencia un 24 de Marzo de 1980. Parece que horas antes había querido tener una confesión pormenorizada, y es que el martirio no se improvisa. Así decía el propio Romero en una entrevista unos días antes: “El martirio es una gracia que no creo merecer. Pero si Dios acepta el sacrificio de mi vida, que mi sangre sea semilla de libertad y la señal de que la esperanza será pronto una realidad... si llegasen a matarme... perdono y bendigo a quienes lo hagan... Un obispo morirá, pero la Iglesia de Dios, que es el pueblo, no perecerá jamás” (La voz de los sin voz. 1987, 461).

El pueblo lo convirtió en su pastor. Romero predicó de modo cercano y sencillo sobre la liberación integral de la persona. Una liberación que exigía la mejora de las estructuras sociopolíticas y económicas causantes de la opresión, y condenó repetidamente la idolatría del dinero como pecado que nace del egoísmo y la codicia y no respeta la dignidad y la humanidad de los pobres. Decía Romero: “La palabra que a muchos molesta, la liberación, es una realidad de la redención de Cristo... una redención que ya comienza en esta tierra” (Homilías, 27-11-1977). Su implicación, su toma de partido por el pueblo crucificado le valió acusaciones de marxista, de meterse en asuntos políticos y de haberse desviado de la tradición de la iglesia. Romero siempre tuvo claro que la predicación del verdadero evangelio era necesariamente conflictiva en una realidad de desigualdades económicas como las que el vivían en el Salvador “El reino de Dios que se va construyendo en la historia tiene que chocar con realidades históricas y esto no es meterse en política, sino simplemente es buscar la salva-



Imagen extraída de: Universidad Luterana Salvadoreña

ción de Dios en nuestra historia” (Homilías, 19-11-1978).

Romero fue hecho santo y pastor por su pueblo, transformado y conmovido en sus entrañas por las madres, viudas, hijos, nietos de desaparecidos que inundaban los despachos parroquiales pidiendo que intercediera por los desaparecidos: “Son cartas para mí muy dolorosas, o visitas, cuando yo siento, también, con ellos, la incapacidad de poder hacer algo por ellos” (Homilías, 9 septiembre 1979). Decía monseñor: “A mí me toca ir recogiendo atropellos, cadáveres, y todo eso que va dejando la persecución de la Iglesia” (Homilías, 19 junio 1977) y como pastor, como obispo, como au-

téntico servidor de la comunión de su pueblo, vivía la Eucaristía como Misterio en el que la “la presencia del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, derramada por nosotros” recoge “tanta sangre y el amontonamiento de cadáveres masacrados aquí en nuestra patria, y en el mundo entero” (Homilías, 17 junio 1979). En estas madres monseñor vio a María a los pies de la Cruz acompañando a su hijo que se alza como testigo de los atropellos del estado y es un grito contra el pecado. Son también estas madres que ha recibido “con la angustia, hasta las lágrimas” cuando le narran que van “como mendigas de puerta en puerta a los centros de seguridad, preguntando por sus hi-

jos” (Homilías, 25-9-1977) quienes hicieron de un obispo por lo demás profundamente tímido, la voz de los sin voz: “le ruego que, por favor, en su predicación del domingo pregunte a las autoridades por estos desaparecidos. Se lo pido de todo corazón” y así hizo Romero “Esa es la voz que no se oye y la que nosotros tenemos que hacer oír” (Homilías, 19 agosto 1979).

Fue pues, el Pueblo, la Iglesia pobre, campesina, perseguida, la iglesia sencilla, la que hizo de Romero el “siervo de Dios” y quien lo convirtió en el amplificador de la profecía del pueblo. Fue el pueblo quien hizo de un obispo conservador en su ascesis y su doctrina, profundamente tímido y amigo personal del presidente sintiera en sus entrañas la “obligación de caridad que le urge a acompañar a quienes sufren las injusticias y a ayudar también a las reivindicaciones justas” (Homilías, 9-12-1978) y se viviera ungido por Dios para despertar a su pueblo e invitarlo a sacudirse las cadenas de la esclavitud: “No te duermas; eres hijo de Dios; trabaja tu dignidad; sé artífice de tu propio destino; trabaja en tu

propio bien común” (Homilías, 24-7-1977).

Monseñor Romero fue un profeta, que imbuido por una “santa agresividad” criticó espiritualismos que adormecieran, y cristianismos opiáceos. Al pueblo adormecido que no se organizaba por mejorar sus condiciones, Romero le presentó una cruz que “no es una paciencia sin valentía; no es un pasivismo; no es una conformidad sin esfuerzo” (Homilías, 3-9-1978). En un régimen de terror de estado el pueblo salvadoreño encontró en Romero un valedor de sus derechos, que excomulgó en cuatro ocasiones a torturadores y paramilitares e invitó a la iglesia a ser antes mártir que cómplice de la represión.

San Romero de América, ruega por la iglesia.

[1] “El pensamiento teológico-pastoral en las homilías de Monseñor Romero”. Director: Marciano Vidal. Alumno: Thomas Greenan. Universidad Pontificia Comillas (Madrid). Facultad de Teología. Departamento de Teología Moral y Praxis Cristiana.



ENTREVISTA A LEONARDO BOFF

LA JUSTICIA Y EL AMOR: IMPLICANCIAS DE LA FE

Por Gloria Silvia Orellana

Redacción Diario Co Latino

Fuente: Noticias de América Latina y el Caribe

-Diario Co Latino - ¿Por qué Monseñor Fernando Saénz, insiste cuando se habla de Monseñor Óscar Arnulfo Romero, que no debe politizarse?

-Leonardo Boff (LB) - Porque normalmente la política de la iglesia institucional era política de derecha, y se componía del “status quo”, no se daban cuenta que era una política peor.

Una política que pone como centralidad la vida amenazada, la justicia de los pobres, el rescate de la memoria de las culturas originarias, la dignidad de los seres humanos, y la sacralidad de la vida, esa para mí, es la política de Jesús, la política del Reino.

-Monseñor Romero evangelizó, pero para unos eso era política...

-LB - Para mí él no hizo política, hizo evangelización, esa es la política de Dios y uno tiene que hacerla, porque si no se hace, no estamos en la tradición de los apóstoles.

Cuando San Pablo visita a Pedro, para ver si estaba bien, y a ponerse de acuerdo, Pedro le preguntó "¿Y cómo tratás a los pobres?", esa es la esencia del evangelio pertenecer a los pobres.

Luchar por los pobres, es hacerlo por la vida... porque mueren antes del tiempo, su derecho a la salud, la vivienda, trabajo y su dignidad, es, a mi juicio, no hacer política, es hacer función pastoral de un Obispo en nombre del evangelio.

Es aquél que denuncia lo malo y anuncia lo bueno, que apoya a esos movimientos, que fortale-

cen los bienes del reino como la justicia, la compasión, la solidaridad y la centralidad de la vida.

-¿Por qué entonces su muerte martirial aún no ha sido reconocido como Santo, por el Vaticano?

-LB - Porque somos pobres, porque cuesta mucho el proceso de un Santo, entonces, América Latina tiene muchos santos, pero no canonizados, porque hay que pagar mucho por ese proceso.

Pero, creo que Monseñor Romero está canonizado en el corazón de su pueblo, porque todos los que articulan la fe cristiana, el discurso del mundo de la pobreza y la injusticia, que es de donde nace la liberación de él como un gran testigo.

Es un mártir, es una persona que tiene virtudes, santidad, que tiene una profunda irradiación de profunda verdad, bondad y tranquilidad de sentirse de la mano de Dios y no tener miedo de las amenazas de muerte.

Creo que pasado un tiempo dentro de 40 ó 50 años, después que todo haya pasado me pregunto ¿quiénes serán los referentes de la iglesia en América Latina?, será Romero, Angelelli,

Elder Cámara, y tantos que han sido sacrificados.

Recordemos que hay muchos religiosos, laicos, catequistas, personas de las comunidades de base de los círculos bíblicos, que por el sencillo hecho de tener una Biblia en su casa fueron perseguidos, esos son los mártires anónimos, y es a todos ellos hay que rescatar su memoria, porque tuvieron la actitud correcta.

-¿Entonces los postulados de la Teología de la Liberación siguen vigentes, en este siglo?

-LB - La Teología de la Liberación nació escuchando el grito de los oprimidos, de los pobres económicamente, de los indígenas, de los negros, de las mujeres, eran muchos gritos de los rostros de la pobreza. Y ocurre que esa pobreza no sólo sigue, sino que se ha profundizado a nivel del mundo. Hay un grito enorme de la humanidad, hay un escenario de sufrimiento, un inmenso vía crucis de la humanidad.

No solamente los pobres gritan ahora, gritan también la tierra, los animales, las plantas, ya que, también son oprimidos y mien-

tras esos gritos siguen habrá siempre cristianos que lo escuchan y hagan el seguimiento de Jesús y Dios, vamos a actuar y vamos ayudar a esta gente para que haya más justicia y más esperanza de vida.

-¿Y siempre serán señalados de un pensamiento político?

-LB - Recordemos que Jesús fue un mártir, fue un perseguido, fue calumniado por sus propios hermanos, así que, la Teología de la Liberación, tendrá a mi juicio, actualidad y ahora mucho más, que la situación es más grave que cinco años atrás.

-¿Cómo vio usted a Monseñor Romero?

-LB - Monseñor Romero vivió dos pasiones, una fue la pasión por Dios en su dimensión religiosa y la pasión por el pueblo, por los pobres. Y su única pasión, un amor entrañable que ama a los suyos hasta el final de su martirio.

-¿Es un mártir contemporáneo?

-LB - Hay que entenderlo bien, normalmente se entiende como mártir aquella persona que da su vida y testimonio de una verdad religiosa, de un dogma, de

una afirmación bíblica, y son los grandes mártires de la tradición cristiana que de cara a la persecución tomada de cara al cristianismo, preferían morir que sacrificar al emperador sus dioses.

El martirio tiene un significado más grande, no solamente mártir por la fe sino también, en consecuencia a lo que la fe implica, que es justicia y amor, que es la única fe que salva, cuando es formada por el amor, y dado a aquellos que más lo necesitan.

Entonces Monseñor Romero vivió su dimensión profunda de pasión por Dios y por los pobres, como consecuencia de esa justicia que viene de la fe y la única que salva, dio testimonio de Jesús, que lo llevó hasta el final de su martirio. Monseñor Romero derramó su sangre y dio su vida; para mí es un mártir de los valores de liberación que nace de la fe, de los pobres y así será siempre. Un Santo que fue canonizado por todos nosotros.



EL PAPA HIZO MÁRTIR A MONSEÑOR ROMERO

Washington Uranga

Fragmento de un artículo del Diario Página/12 del 4 de febrero de 2015

A pesar de que Romero fue asesinado por militares salvadoreños mientras pronunciaba una homilía en la capilla de un hospital, el proceso de canonización estuvo trabado hasta ahora por resistencias de sectores conservadores.

Al margen del reconocimiento oficial que ahora llega desde el Vaticano a través del decreto firmado por el Papa, desde su muerte Oscar Romero se convirtió en símbolo de los cristianos latinoamericanos comprometidos en las causas populares y en la perspectiva teológica de la liberación. Gregorio Rosa Chávez, arzobispo auxiliar de San Salvador (El Salvador) y quien ha sido el principal impulsor de la causa de canonización del obispo Oscar Romero, había pedido recientemente *“que en él no se cumpla la ley del olvido”*. Argumentando por la santidad de Romero, el arzobispo sostuvo que *“en el siglo veinte hubo millones de mártires, pero el más conocido y el más amado es monseñor Romero. Mueren muchos líderes y se van olvidando. Con él pasa todo lo contrario. La misma ONU le rinde tributo declarando el 24 de marzo el Día Mundial del Derecho a la Verdad como reconocimiento a su trabajo pastoral. Donde quiera que vaya se refieren a él”*, sostuvo Rosa Chávez.

El 17 de febrero de 1980, Oscar Romero escribió una carta al presidente de Estados Unidos, Jimmy Carter, pidiendo que

cancelara toda ayuda militar a El Salvador. Para entonces, el pequeño país centroamericano era la principal base de operaciones estadounidense contra la revolución sandinista triunfante en la vecina Nicaragua en julio de 1979.

El 23 de marzo de 1980, el día anterior a que se produjera su asesinato, el arzobispo Romero había pronunciado una elocuente homilía en la catedral de San Salvador. Dada la censura noticiosa existente, el obispo solía utilizar su homilía dominical no sólo para reflexionar sobre los textos bíblicos sino para dar información sobre la situación política, económica y social de un país que se encontraba en guerra civil y gobernado por la ultraderecha militar. Bajo el subtítulo “Hechos nacionales”, ese día Romero habló de “una semana tremendamente trágica”, informó que los militares asesinaron en La Laguna a un matrimonio campesino, a sus hijos de 13 y 7 años y a 11 campesinos más. Que en Arcatao en esos mismos días fueron asesinados dos campesinos y un niño, en Calera de Jutiapa otro, y que lo mismo ocurrió con 15 campesinos en Hacienda

Colima, y 16 en Suchitoto. En todos los casos la denuncia estaba acompañada de nombres de los muertos y circunstancias en los que ocurrieron los asesinatos.

En esa oportunidad, Romero leyó también en el púlpito un informe de Amnistía Internacional indicando que “a pesar de que el gobierno lo negó” el organismo “ratificó hoy que en El Salvador se violan los derechos humanos a extremos que no se han dado en otros países”. Y agregó que “el vocero de Amnistía dijo que los cadáveres de las víctimas aparecen con los dedos pulgares amarrados a la espalda” y que “también aplicaron a los cadáveres líquidos corrosivos para evitar la identificación de las víctimas por parte de los familiares y para obstaculizar las denuncias de tipo internacional”.

Las homilías de Romero se extendían durante horas cada domingo, ocasión en la que el arzobispo pasaba revista a la realidad nacional e internacional y hacía llamamientos a la paz. La asistencia crecía cada semana y superaba largamente la habitual feligresía católica. Después de registrar los datos del asesinato

de más de 200 personas en una semana, el domingo 23 de marzo Romero denunció que la intención del gobierno “es decapitar la organización del pueblo y estorbar el proceso que el pueblo quiere”. Pero advirtió que “sin las raíces en el pueblo ningún gobierno puede tener eficacia, mucho menos cuando quiere implantarnos a fuerza de sangre y dolor”.

Y dirigiéndose a los militares pronunció las frases que, según muchos, fueron el detonante de su asesinato. *“Yo quiero hacer un llamamiento especial a los hombres del ejército, en concreto a las bases de la Guardia Nacional, de la policía, de los cuarteles”,* comenzó diciendo. *“Hermanos, son de nuestro mismo pueblo, matan a sus mismos hermanos campesinos y ante una orden de matar que dé un hombre, debe prevalecer la ley de Dios que dice: no matar... Ningún soldado está obligado a obedecer una orden contra la ley de Dios... Una ley inmoral, nadie tiene que cumplirla... Ya es tiempo de que recuperen su conciencia y de que obedezcan antes a su conciencia que a la orden del pecado”.* Y alzando la voz, casi a los gritos, reclamó: *“En nombre*

de Dios, pues, y en nombre de este sufrido pueblo cuyos lamentos suben hasta el cielo cada día más tumultuosos, les suplico, les ruego, les ordeno en nombre de Dios: ¡cese la represión!”.

Al día siguiente Oscar Romero fue asesinado de un certero balazo en el corazón mientras pronunciaba su último sermón. La

muerte nunca fue aclarada por la Justicia, pero todos las pruebas apuntan a que fue ejecutada por un escuadrón paramilitar a las órdenes del mayor Roberto D'Aubuisson, quien posteriormente fuera uno de los fundadores del ultraderechista partido Alianza Republicana Nacionalista (Arena).



DIALOGAR, ESCUCHAR, HABLAR

Fuente: Entre Paréntesis: Dialogar en las fronteras- Publicado el Martes, 24 Marzo 2015

Este 24 de marzo, se cumplieron 35 años desde que Monseñor Óscar Arnulfo Romero, arzobispo de San Salvador, fuera asesinado mientras celebraba la eucaristía, en 1980. Desde el agradecimiento por la vida entregada de este gigante de la fe y la justicia, queremos rendir homenaje a su figura y acoger su vida, su testimonio

y su palabra. Para ello, hemos seleccionado una serie de textos, tomados de diversas homilías, desde una clave particular: dialogar, escuchar, hablar.

DIALOGAR

Hermanos, el diálogo no se debe caracterizar por ir a defender lo que uno lleva. El diálogo se caracteriza por la pobreza: ir pobre para encontrar entre los dos la verdad, la solución. Si las dos partes de un conflicto van a defender sus posiciones, solamente saldrán como han entrado (20 de noviembre de 1977).

La palabra es fuerza. La palabra, cuando no es mentira, lleva la fuerza de la verdad. Por eso hay tantas palabras que no tienen fuerza ya en nuestra patria, porque son palabras mentira, porque son palabras que han perdido su razón de ser (25 de noviembre de 1977).

La Iglesia no puede ser sorda ni muda ante el clamor de millones de hombres que gritan liberación, oprimidos de mil esclavitudes. Pero les dice cuál es la verdadera libertad que debe buscarse: la que Cristo ya inauguró en esta tierra al resucitar y romper las cadenas del pecado, de la muerte y del infierno. Ser como Cristo, libres del pecado,

es ser verdaderamente libres con la verdadera liberación. Y aquél que con esta fe puesta en el resucitado trabaje por un mundo más justo, reclame contra las injusticias del sistema actual, contra los atropellos de una autoridad abusiva, contra los desórdenes de los hombres explotando a los hombres, todo aquél que lucha desde la resurrección del gran libertador, sólo ése es auténtico cristiano (26 de marzo de 1978).

ESCUCHAR

Yo también, hermanos, recibo la predicación de ustedes. Yo sé, con la doctrina teológica de la Iglesia, que ese don de la infalibilidad, que sólo Dios posee, lo ha dado al pueblo de Dios. Y ese pueblo de Dios tiene un órgano que es el Papa. El Papa expresa el carisma de la infalibilidad al mismo tiempo que el pueblo lo siente y lo vive. Ustedes tienen un sentido muy fino que se llama *sensus fidei*, sentido de fe, por el cual un miembro del pueblo de Dios puede detectar

cuando un predicador no está a tono con la doctrina verdaderamente revelada por Dios (2 de julio de 1978).

No sólo el predicador enseña, el predicador aprende. Ustedes me enseñan. La atención de ustedes es para mí también inspiración del Espíritu Santo. El rechazo de ustedes sería para mí también rechazo de Dios (16 de julio de 1978).

HABLAR

La Iglesia no puede callar ante esas injusticias del orden económico, del orden político, del orden social. Si callara, la Iglesia sería cómplice con el que se margina y duerme un conformismo enfermizo, pecaminoso, o con el que se aprovecha de ese adormecimiento del pueblo para abusar y acaparar económicamente, políticamente, y marginar una inmensa mayoría del pueblo. Esta es la voz de la Iglesia, hermanos. Y mientras no se le deje libertad de clamar estas verdades de su Evangelio, hay persecución. Y se trata de cosas sustanciales, no de cosas de poca importancia. Es cuestión de vida o muerte para el

reino de Dios en esta tierra (24 de julio de 1977).

Queremos ser la voz de los que no tienen voz para gritar contra tanto atropello contra los derechos humanos. Que se haga justicia, que no se queden tantos crímenes manchando a la patria, al ejército. Que se reconozca quiénes son los criminales y que se dé justa indemnización a las familias que quedan desamparadas (28 de agosto de 1977).

Queridos hermanos, que no vaya a ser falso el servicio de ustedes desde la palabra de Dios. Que es muy fácil ser servidores de la palabra sin molestar al mundo. Una palabra muy espiritualista, una palabra sin compromiso con la historia, una palabra que puede sonar en cualquier parte del mundo porque no es de ninguna parte del mundo; una palabra así no crea problemas, no origina conflictos. Lo que origina los conflictos, las persecuciones, lo que marca a la Iglesia auténtica es cuando la palabra quemante, como la de los profetas, anuncia al pueblo y denuncia: las maravillas de Dios para que las crean y las adoren, y los pecados de los hombres, que se oponen al

reino de Dios, para que lo arranquen de sus corazones, de sus sociedades, de sus leyes, de sus organismos que oprimen, que aprisionan, que atropellan los derechos de Dios y de la humanidad (10 de diciembre de 1977)

Predicación que no denuncia el pecado, no es predicación del Evangelio. Predicación que contenta al pecador para que se afiance en su situación de pecado, está traicionando el llamamiento del Evangelio. Predicación que no molesta al pecador sino que lo adormece en el pecado es dejar a Zabulón y Neftalí en su sombra de pecado. Predicación que despierta, predicación que ilumina, como cuando se enciende una luz y alguien

está dormido, naturalmente que lo molesta, pero lo ha despertado. Esta es la predicación de Cristo: despertad, convertíos. Esta es la predicación auténtica de la Iglesia. Naturalmente, hermanos, que una predicación así tiene que encontrar conflicto, tiene que perder prestigios mal entendidos, tiene que molestar, tiene que ser perseguida. No puede estar bien con los poderes de las tinieblas y del pecado (22 de enero de 1978)

La palabra queda y ése es el gran consuelo del que predica. Mi voz desaparecerá pero mi palabra, que es Cristo, quedará en los corazones que lo hayan querido recoger (17 de diciembre de 1978).

COMPARTÍ



CONSTRUÍ



www.facebook.com/centronuevatierra



**CENTRO
NUEVA
TIERRA**

www.nuevatierra.org.ar